

ENRIQUE GÓMEZ MEDINA



KINEGEA - LIBRO 3

EL SECRETO DE LA PIRÁMIDE



Prefacio

Vas a entrar en Kinegea por última vez. Ya conoces este mundo casi tan bien como sus habitantes. Aun así, te recuerdo que al final del libro encontrarás un glosario en el que se explican la mayoría de los términos que se usan en él.

¡Y, ahora, pasa la página y adéntrate de nuevo en Kinegea!

Todopoderoso

Las estrellas se velaban en el cielo con cada soplo de viento. La arena se levantaba formando remolinos, haciendo volar las capas negras y traspasando con sus finísimos agujijones las ropas de los encapuchados.

Se encontraban en lo alto de una duna. Un cabrio de tiro había llevado hasta allí un extraño artefacto, un enorme cono de metal bruñido montado sobre una especie de trineo. Uno de los encapuchados hizo una seña y el resto, con esfuerzo, levantó el artilugio a pulso y lo desplazó hasta orientarlo según sus indicaciones.

El Gran Maestro asintió, satisfecho. Desde allí podía contemplar la gran llanura ondulada que se perdía en el horizonte, en la dirección del viento. Un nuevo soplo le retiró la capucha. Una horrenda máscara le cubría el rostro. Estaba dividida en dos partes, una blanca y una negra. La blanca expresaba alegría, una alegría fría por el vacío de la cuenca de sus ojos. La negra expresaba ira.

Belor el Reflejado.

Indicó a los Hermanos de la Luz que se retiraran detrás de él y se alejaran. No quería interferencias. Ni tampoco que escucharan con claridad. Se concentró un instante, rememorando la fórmula y la entonación correcta. A pesar de las indicaciones del Libro, había tenido que realizar infinidad de ensayos hasta hacerla funcionar. Pero eso había sido en el silencio de su tienda, y a tan solo unos pocos pasos de distancia. ¿Funcionaría allí? Solo había una forma de saberlo.

Acercó su rostro a la boca del enorme cono metálico y entonó la siniestra letanía.

–Kazandûm gûl khizdamân kinazgurâd zûr unzaggûl alakginbâr...

El viento se llevó lejos su voz, amplificada por el artefacto hasta hacerla casi ensordecedora. Belor se irguió y observó el paisaje a sus pies. La noche era oscura a pesar de las estrellas y de la blancura del desierto. Contuvo el aliento.

Nada.

El Gran Maestro resopló y tomó aire de nuevo, dispuesto a entonar el hechizo una segunda vez, a mayor volumen.

–¡Allí! –escuchó una voz a sus espaldas.

Belor dirigió la mirada al punto que señalaba uno de sus devotos. Al principio no vio nada, pero, de pronto, le pareció distinguir una zona de la arena que comenzaba a resplandecer con luz propia. Una luz cada vez más potente. La mancha luminosa se fue extendiendo como el fuego sobre el pasto, creando venas en la oscuridad de la noche, hasta formar un inmenso manto de luz.

Belor apretó el puño y, si alguien hubiera podido ver su rostro, se habría encontrado la más exultante y enfebrecida expresión de triunfo. Aquello le iba a hacer más poderoso que ningún otro hombre en Kinegea. Lo que a simple vista parecía arena y ahora refulgía activado por el hechizo, era lidium. La materia prima de los lúmiros. Con un puñado de aquella sustancia se podían fabricar decenas de ellos, llamas de Ruzdu, generadores de escudo, *repeledores*, y los nuevos y asombrosos *atamentos*, que había descubierto gracias al Libro de Mellianne. Con un tonel podría construir artefactos más grandes, máquinas capaces de derribar montañas. Con aquella cantidad... podría formar el mayor ejército jamás visto. Imaginó filas y filas de hombres con el equipamiento más potente y sometidos a su mera palabra. Ningún pueblo se podría resistir.

De pronto la impaciencia se apoderó de él.

—¡Rápido, que lo recojan! El hechizo no dura eternamente.

Todos sus hombres, salvo uno, descendieron la ladera. Algunos manipulaban el lúmir comunicador de sus frentes. Al instante, cientos de siluetas se pusieron en pie.

—¡Recoged el polvo luminoso!

La miríada de siluetas se puso al trabajo, poblando las dunas. Se arrodillaban y cogían con sus manos la arena fosforescente, echándola en sacos, que cargaban a sus espaldas una vez llenos. Los había de todas las edades, desde niños hasta ancianos. Vestían a la manera del desierto, y caminaban con la cabeza gacha. Si alguien hubiera podido observarlos con atención, habría advertido que llevaban un objeto extraño en mitad de la frente; un pequeño hexágono de metal incrustado en la piel.

Uno de ellos aún irradiaba autoridad a pesar de su mirada vacía. Era grueso y calvo, y vestía ropas muy adornadas con brillantes fragmentos de caparazón de khanna. Tenía el rostro pintado de plata.

Belor observaba los trabajos desde lo alto de la duna.

—Sombra de Ruzdu —maldijo—, vamos demasiado lentos. Tardaremos varios soles en recoger todo. Y los artífices necesitarán otros tantos para ponerse a producir. ¡Arkham! —levantó la voz sin mirarla.

—Gran Maestro.

—Aunque no sepan cómo despertarla, no quiero que lleguen a la Pirámide antes que nosotros. Toma una docena de Maestros y ve a por ellos. Usad los azores, me da igual que revienten. Esta vez —dijo, girando la vista y clavando en ella sus pupilas vacías— no quiero supervivientes. Salvo...

El rostro enmascarado asintió sin ningún asomo de duda y, dando un paso atrás, se retiró a cumplir la orden.

La gran pradera

El abuelo Zideon observaba el valle. No pensaba en nada, tan solo descansaba la vista en aquel plácido paisaje, iluminado por el sol dorado de finales del verano.

Aquel era uno de sus rincones favoritos. El árbol hueco en cuyo interior había tallado escalones para ascender cómodamente hasta la copa; las gruesas ramas que hacían de plataforma y, sobre todo, el claro en las hojas que le procuraba una magnífica perspectiva y bañaba su asiento con el sol de la tarde.

Habría podido permanecer allí horas, con la espalda apoyada en el tronco y sin hacer nada más que mirar, en silencio...

—¡Abuelo Zideon, estabas aquí! —restalló en sus oídos la aguda voz de Hymy, que asomaba la cabeza por el agujero en el tronco. En un parpadeo había trepado hasta arriba y, haciendo equilibrios en la rama, se había sentado a su lado.

—¡Os lo dije! —exclamó Kava, triunfante— *A estas alturas del año, este es su sitio preferido.*

—¿No te estarás escondiendo de nosotros? —preguntó Marwoh, mientras se colgaba de una rama por las piernas.

—*Más bien de mamá* —apuntó Ingeia.

—*Pues nosotros somos más difíciles de burlar* —afirmó Geomwee. Llevaba en sus manos un fajo de papiro de octopo y un estilete.

Uno a uno, sus cinco nietos habían ido brotando del tronco del árbol como orejilargos del sombrero de un mago y se habían instalado a su alrededor, repartidos entre las ramas.

—*Vaya, qué inesperado placer* —dijo Zideon, rascándose la barba con deleite—. *Hablando de vuestra madre ¿ya sabe que estáis aquí?*

Se hizo un instante de silencio que resultó más clarificador que cualquier discurso.

—*Oh, no te preocupes por ella* —dijo al fin Marwoh—. *Se ha marchado con los tíos Josh y Rosh. Iban los tres discutiendo no sé qué de una fiesta sorpresa... ¡Auh!*

Kava le había propinado un codazo en las costillas.

—¿Has visto? —dijo la niña, cambiando rápidamente de tema— *Geomwee está escribiendo tu historia.*

El niño alzó el grueso fajo de papiro y el estilete.

—*La maestra de Historia de Kinegea nos pidió una redacción sobre la Nueva Edad, y una cosa llevó a la otra...*

Zideon se quedó pensativo. La Nueva Edad. Resultaba curioso el que él y sus amigos no fueran en absoluto conscientes de lo que estaban haciendo, de las consecuencias que tendría para toda Kinegea. Tan solo se preocupaban de alcanzar su objetivo. Y sobrevivir.

“Pero las cosas ocurren así”.

—¿Entonces —dijo irguiendo la cabeza— *debo entender que queréis que continúe mi historia?*

—¡Claro! —dijo Hymy a su lado— *Queda lo más emocionante.*

Zideon respiró hondo.

—¡Bien! ¿Por dónde íbamos?

—*Junto con los Uku, acababais de vencer a la Orden de la Luz y a los Magos del Crepúsculo, aunque os dejaron maltrechos y Arkham, o Minah, os robó El Libro... Ummm...* —dijo Geomwee mientras ojeaba los últimos papiros que había escrito, poniendo cara de interesante— *La Ukura curó a Tott, Ka y Ruu, que estaban heridos... Los Uku dieron una fiesta en vuestro honor... Ya está, ahí nos quedamos.*

El niño recolocó el fajo de papiro sobre su regazo y empuñó el estilete, dispuesto a continuar escribiendo. Su abuelo Zideon sonrió divertido.

—*Veo que no tengo escapatoria* —dijo—. *Continuemos, pues.*

Yo, como cada mañana tras el frugal desayuno, echaba una mirada a mi brújula y señalaba el camino. Siempre al sur.

—Por allí.

—Pues andando —respondió Ka, echándose al hombro su macuto y su odre de agua. Al hacerlo emitió un gemido. Aún no se había repuesto del todo de la descarga de magia oscura que había recibido en la batalla. Desde entonces cualquier movimiento le producía dolor, y tenía que descansar más a menudo de lo normal.

Tott todavía llevaba una venda en la cabeza, y Ruu otra en el vientre, por si se abría la herida. Tan solo Nia y yo nos conservábamos en plena forma, y nos turnábamos en transportar el macuto de las provisiones frescas.

Los Uku nos habían acompañado hasta el borde de la selva. Allí, bajo la copa del último árbol gigante y frente a una inmensa llanura de altahierba, nos dimos un fraternal abrazo.

—Transmitid de nuevo a la Ukura nuestro agradecimiento, por favor —les dije, y añadí, cambiando el semblante—. Y si os encontráis a un hombre barbudo y una mujer tullida viajando hacia el sur, habladles de mí. Decidles que no cejen, que nos veremos en la Pirámide.

La voz se me había quebrado con la última frase. Nia apoyó la mano en mi brazo, y yo tragué saliva para reponerme. Los enormes guerreros asintieron con vehemencia y, con un último gesto de despedida, se apresuraron a internarse de nuevo en la espesura. Creo que les intimidaba un poco el ver un horizonte tan abierto y el cielo azul sobre sus cabezas. Estaban acostumbrados a la tupida cúpula vegetal bajo la que habían nacido, en ella se sentían protegidos.

Sin embargo, para nosotros fue como una liberación. Todos respiramos hondo, aspirando los nuevos olores que traía la brisa y perdiendo la vista en la lejanía.

—Por fin vamos a poder secarnos —dijo Tott, desplegando su capa y extendiendo los brazos para dejarla ondear al viento.

Era cierto. Los continuos chaparrones y el calor húmedo de la selva nos habían obligado a liberarnos de nuestras prendas empapadas y vivir prácticamente desnudos el tiempo que permanecimos en ella. Pero aquel aire fresco invitaba a cubrirse de nuevo. “¿Qué nos aguardará ahora?”, pensé, mientras sacaba mis ropas aún mojadas del macuto y las colgaba detrás para que se fueran secando durante la marcha.

No teníamos tiempo que perder. Con la traidora Arkham a su lado, Belor sabía perfectamente a dónde nos dirigíamos. Yo tenía la teoría de que la Pirámide estaba justo en el polo sur de Kinegea, allí donde su eje de giro la atravesaba, reduciendo los cataclismos y otorgándole esa estabilidad que todo humano ansiaba desde el origen de las leyendas. El paraíso, el Palannil. Además, la Pirámide tenía un poder ilimitado que se podía utilizar de las maneras más milagrosas: era capaz de vencer al enemigo más fuerte, y curar a los enfermos, y regalar vida a los ancianos.

Así pues, aunque, gracias al Libro que nos había robado Arkham, solo Belor conocía a ciencia cierta la forma de despertarla, cada uno de nosotros tenía sus propias razones para seguir intentando llegar a ella. Nia quería su poder para derrotarle y vengar el asesinato de su padre. Ruu, tras una vida entera vagando en solitario por Kinegea, quería instalarse en el Palannil. Tem (y yo) teníamos la secreta ilusión de que allí podría convertirse de nuevo en

humana. Y en cuanto a mí... Un nuevo nudo se me hizo en la garganta. La Pirámide había sido la única esperanza de mi padre para salvar a mi madre moribunda. Me dijo que nos encontraríamos en ella. O quizá solo hablaba en sentido figurado.

Sacudí la cabeza. No había llegado hasta allí para que las dudas me paralizaran cuando ya estábamos cerca.

—¿Cerca? —dijo Tott mientras caminábamos entre la hierba, apartando grandes haces a un lado y a otro para pasar— Si lo que nos has dicho es cierto, nos queda casi la mitad del camino.

—No es así —me defendí—. He calculado la altura de Eldur al mediodía, y ya se ha reducido bastante. Si avanzamos a buen ritmo, en unas pocas lunas podríamos estar allí. Todo depende... de lo que nos encontremos en adelante.

Miré el paisaje ante mí. Tras atravesar mares, desiertos y selvas, aquella pradera ondulada bajo los rayos templados de ambos soles me pareció poco más que un agradable paseo. La altahierba tenía el color verde pálido de la madurez, y su tallo era finísimo, de forma que apartarla no ofrecía dificultad alguna. El único problema era que su altura era mayor que la nuestra, y no teníamos visibilidad a nuestro alrededor. Solo veíamos el cielo. No podíamos orientarnos salvo con los soles y mi brújula. Y, si nos descuidábamos y nos separábamos apenas unos pasos del resto, teníamos que gritarnos para volver a encontrarnos, o llamar a Dóo; el fino oído y el olfato del animalito le guiaban entre nosotros con toda facilidad.

Al cabo de un tiempo, el no poder ver más allá de nuestras narices se volvió un tanto agobiante. El terreno era plano, no habíamos encontrado ni un alto en todo el camino; no sabíamos si todavía quedaba mucho de aquella extensión de hierba o si estábamos cerca de sus límites. Tan solo podíamos caminar y caminar.

—Ka, ¿no podrías...? —dijo Tott en cierta ocasión.

Ka respiró hondo.

—¡No! —intervino Nia, sujetándola por el brazo— Aún estás débil, no debes transformarte si no es por absoluta necesidad. Y ahora no la hay. Controlemos nuestra impaciencia —añadió, mirando a Tott. Este resopló.

—Esperad —dije yo, encendiendo el lúmir que llevaba al cuello. Al momento apareció la figura de Tem, y yo me alegré tanto de verla que fui incapaz de disimular mi sonrisa, aunque ella permaneció seria—. Tem, ¿podrías echar un vistazo, por favor?

—Cómo no —respondió, desapareciendo del haz del lúmir y reapareciendo al cabo de un salmo. La muchacha sacudió la cabeza—. He ascendido todo lo que he podido y solo he visto hierba hasta donde se pierde la vista. Una inmensa llanura de hierba. Ni un corte, ni una elevación... Nada. Solo hierba.

—Sombra de Ruzdu —murmuró Tott.

—Mejor que desierto —dijo Ruu—. Mejor que montaña. Mejor que mar.

—Podremos hacer muchos diapiés cada jornada —añadió Ka.

Todos asentimos. Ni mucho menos parecía la peor prueba a la que nos había sometido Kinegea hasta entonces. No sabíamos lo equivocados que estábamos.

FIN DEL FRAGMENTO

Puedes continuar leyendo en: <https://relinks.me/B0BRLYBXVP>